

Artículo: Una santidad para el tercer milenio: el santo social

"Los exhorto en nombre de Cristo a aspirar a la máxima ambición, la ambición del amor"¹, les decía Jean P. Lustiger, arzobispo de París, a los miles de jóvenes reunidos para celebrar un nuevo encuentro de la juventud con el Papa en agosto pasado.

"La persona está antes que el mercado"² subrayaba con vehemencia y en pocas palabras Juan Pablo II pocas horas antes de partir a Francia.

En Argentina se escuchan más y más voces que exigen una segunda fase del plan económico actual, concretamente que contemple la dimensión social. En otras palabras: que la inmensa riqueza acumulada por la estabilidad no quede en pocas manos sino que sea distribuida con equidad. En esta ingente tarea se encuentran políticos, obispos, gente con inquietudes en el campo social, sindicalistas, desocupados, pobres, etc.

No es una exigencia fácil de conformar ya que muchos temen por un lado, que estos pedidos vuelvan a retrotraernos a épocas que nadie quiere ver retornar y por otro que todos los beneficios que se han conseguido con grandes sacrificios en estos años se vean frustrados.

Sin embargo el cuestionamiento está ahí clavado en el corazón de la sociedad y la cultura argentina contemporánea y pide ser resuelto con creatividad, valentía y eficiencia. Habría que agregar que este clamor no es algo exclusivo de nuestro país, sino que gracias al fenómeno de la creciente globalización se extiende a todo el planeta.

En este sentido quisiera acercar el siguiente aporte que se apoya en una propuesta profunda y clarividente que formuló el P. José Kentenich (1885-1968) en los años '30: el SANTO SOCIAL.

Para entender mejor su propuesta debemos partir del concepto de mentalidad y ejemplificarlo en el mundo moderno.

Una perspectiva fundamental

Si queremos ganar tierra nueva para abordar esta realidad tan compleja debemos comprender lo que es una mentalidad. Una mentalidad es la conjunción entre pensamiento, sentimiento y acción. Es como un fluido, una corriente que inunda corazones, personas, estructuras y que la va modelando por dentro, les da un estilo de ver y abordar la realidad. Busca plasmar una sociedad y darle un rumbo definido, no es algo neutro de valores o indiferente. Es activa y militante.

Si en los años '70 la gran mentalidad que tuvo que enfrentar la Iglesia fue el socialismo, en especial en su vertiente marxista, en los '90 esta fue sustituida por el neoliberalismo. Esta nueva mentalidad ha encontrado apóstoles y cruzados entre nosotros que se han jugado por ella. En la Argentina de los últimos años hay muchos hombres y mujeres que han hecho de él su misión de vida, desde hombres de antigua data como Don Alvaro Alsogaray hasta formadores de opinión afamados como Mariano Grondona por nombrar sólo algunos.

Para la Iglesia, especialmente en América Latina y en Argentina, no le ha sido fácil abordar este nuevo desafío. Separar el trigo de la cizaña es siempre una tarea delicada que exige discernimiento, paciencia y valentía. Además la mentalidad marxista, si bien en sus comienzos había arrebatado ciertas banderas del cristianismo como la solidaridad con los

¹ citado en Clarín del miércoles 21 de agosto de 1997

² idem

desheredados, había degenerado en una orgía de violencia, de archipiélagos Gulag y de opresión. El humanismo sin Dios terminó devorando al hombre.

En este último tiempo, sin embargo, conducida por el espíritu profético de Juan Pablo II y sustentada por los hechos históricos que empiezan a desnudar ciertas realidades estrechas de la concepción neoliberal, la Iglesia está intentando articular un discurso evangélico más preciso que trata de cuestionar y criticar creativamente ciertas visiones ingenuas del neoliberalismo así como se aplica a nivel mundial. Tratemos de describir aunque más no sea someramente, los nervios vitales que articulan la mentalidad neoliberal.

La mentalidad neoliberal

Si bien el neoliberalismo tiene muchos aspectos positivos como la inmensa producción de bienes que se logra a través de la producción privada, la preocupación por las libertades individuales y cívicas, el respeto por el individuo, el estímulo por la creatividad individual, la exigencia de la eficiencia y la formación profesional, etc, guarda en sus entrañas dimensiones que son preocupantes.

El "pivote" del neoliberalismo es el individuo y sus derechos a la autodeterminación en todos los campos de la vida. Este principio es cristiano en tanto cuanto parte de la persona humana, pero se descristianiza porque se la ve aislada, cuidando nerviosamente de sus derechos que los considera absolutos. Para poder "ser" más debe crecer en "tener" más.

De este primer principio sale como consecuencia que el individuo vale por lo que aparenta. Por lo que debe juntar más y más riquezas: ¡haz plata, hijo mío!. El ansia de lucro, casi diríamos el imperativo de acumular riquezas, de capturar mercados, de facturar cada vez más, se expresa en una ostentación exterior: ¡vales por lo que llevas puesto, por las casas que tienes, por los viajes que has hecho, por el éxito comercial, etc!.

Otro principio que lo sustenta es que así como el individuo puede determinar su propia vida haciendo caso omiso a lo social, también las relaciones económicas se determinan a sí mismas en el mercado. Nadie debería interferir en el libre juego de ellas. Stefano Zamagni, asesor de Juan Pablo II en temas económicos, comentaba al respecto: "No hay ninguna teoría capaz de indicarnos de qué modo las fuerzas del mercado han de conducir por sí solas hacia algún equilibrio final". Y concluía afirmando: "El nuevo riesgo es que el mercado constituya el único punto de referencia para las relaciones personales"³

El último aspecto que me gustaría destacar es que en el neoliberalismo se hace una separación consciente entre religión y vida (especialmente económica). Es una lástima que la concepción neoliberal que se está popularizando en Argentina no haya captado esa raíz religiosa que tiene un neoliberalismo a lo Covey⁴, donde desarrolla el pensamiento que una economía productiva y exitosa no tiene por que estar reñida con la ética y la religiosidad.

Una mentalidad sólo puede ser superada por otra mentalidad más completa, vivida y encarnada. Frente a esta panorama el P.Kentenich espera que la espiritualidad de la Alianza de Amor con la Sma Virgen forme un tipo de persona que sea una respuesta viva a esta mentalidad y que él llamo: el SANTO SOCIAL.

Rasgos del SANTO SOCIAL

³ Citado en La Nación el 28 de agosto de 1997

⁴ cfr. Stephen Covey, Los siete hábitos de la gente altamente eficaz

La gran propuesta del P.José Kentenich para abordar la cuestión social no fue en primer lugar la elaboración de un proyecto socio-económico y político sino la plasmación de un nuevo tipo de hombre que propusiera en su actuar una nueva visión de lo social.

En los años '30 el P.Kentenich describió al santo social de la siguiente manera: *"No debemos enredarnos en las redes de las hermosas elucubraciones prácticas. Debemos descender, inclinarnos ante el pueblo sencillo. Nuestro tiempo clama por **el santo social**, que integra la unión a Dios con un corazón lleno de sentimientos puros, con la disposición y la fuerza de ayudar al pueblo sencillo...por eso observen hoy el anhelo **por los santos sociales**, por aquellos hombres que están íntimamente unidos a Dios, están anclados en El, pero que tienen la valentía, desde esa decisión por Dios, de unir el mundo con Schoenstatt, de descender más profundamente hacia los pueblos para elevarlos a Dios, hacia Cristo, hacia la Iglesia"*⁵

¿Qué rasgos podemos extraer de estas reflexiones?

1- El santo social un **hombre íntimamente unido a Dios**, anclado en El. Dios no es un artículo de lujo o un jefe al cual consulta los domingos en la misa, sino la roca sobre la cual el sostiene su vida, sus convicciones, sus decisiones en todos los campos, en especial en el laboral. Para el Dios es un ser vivo con el cual va construyendo su propia historia personal y social. Es además el suelo sobre el cual apoya sus convicciones y decisiones éticas.

2- El santo social un **especialista en la integración**: sabe unir en su vida a Dios y al hombre y darle a cada uno su lugar. No des-integra ni des-une aquello que forma el entramado profundo de su vida. Sabe darle a cada cosa su lugar y su equilibrio. No vive aislado de su Dios y de los hombres cuidando nerviosamente de su vida, sino integrado a ellos. Conoce y ejercita el difícil arte de unir el suelo con el cielo.

3- El santo social un hombre que **sirve a su pueblo con sentimientos sociales puros**. La perspectiva de acción del santo social no es individualista, sino comunitaria de participación: busca servir creativa y desinteresadamente a su pueblo. Y esto lo quiere hacer con sentimientos sociales puros: busca en primer lugar el bienestar y desarrollo de su gente, no sacar provecho como político, arribista o demagogo. Sabe que en la gente sencilla de su pueblo (el peón, el obrero, la mucama, el peluquero, etc) anidan inmensos valores humanos de los cuales el puede aprender y al mismo tiempo alentar a su desenvolvimiento.

4- El santo social **un hombre práctico**: no se queda enredado en hermosas elucubraciones o fantasías, sino que busca la plasmación concreta y sencilla de las cosas. No descansa hasta que ha plasmado a su mundo con eficiencia y creatividad. Su estilo personal de abordar las cosas está marcado por un sano realismo, una acendrada disciplina de vida y una confianza en las fuerzas de los hombres y mucho más, en la fuerza de Dios que lo ha puesto ahí para que en su metro cuadrado forje un pequeño mundo nuevo.

Estamos ante un gran cambio histórico. El neoliberalismo no es la última palabra. Debemos seguir caminando buscando síntesis vitales encarnadas más perfectas. El santo social puede estimularnos a seguir caminando hacia un futuro abierto para todos.

P.JUAN JOSE RIBA

⁵ Industripädagogische Tagung 1930